

## CLODOMIRO MARTICORENA PAIROA (1929-2013)



Luego de una corta enfermedad, el 27 de octubre de 2013 fallece el Prof. Marticorena, docente del departamento de botánica de la Universidad de Concepción, incansable y apasionado estudioso de la flora chilena. Queremos en estas páginas hacer un homenaje desde una mirada cercana, personal, afectuosa, de quienes fueron sus colegas y amigos.

Alicia Marticorena

Nació en Huasco el 9 de septiembre de 1929, cursó la enseñanza primaria y secundaria en Vallenar y se formó como Químico-Farmacéutico en la Universidad de Concepción, titulándose en 1956. Ese mismo año inició su formación como botánico junto a los profesores Augusto Pfister y Mario Ricardi, al ingresar como ayudante segundo al Departamento de Botánica, donde alcanzó la categoría de profesor titular en 1963 y del que fue su director en el período 1968-1980.

Desde los comienzos de su especialización mostró una clara inclinación por la botánica sistemática y la palinología, área en la que llegó a ser la máxima autoridad nacional. En 1960 comenzó la formación de la Palinoteca del Departamento de Botánica, colección que consta de 15.000 muestras de granos de polen de plantas chilenas, la más grande en su tipo en el país.

En su formación destaca la obtención de la Beca Ford, que le permitió realizar estudios de palinología y taxonomía con el destacado palinólogo mundial Gunnar Erdtman, en la Academia de Ciencias de la Universidad de Estocolmo, Suecia, en el período 1962-1963; así como una estadía en el Kew Garden Herbarium en Londres. En 1972 fue becario del programa Nacional de Ciencias y Tecnología de OEA, para desarrollar actividades de perfeccionamiento e investigación en la Universidad de Estocolmo, colaborando en la obra *World Pollen Flora*, editada por el Dr. Erdtman.

En 1975 obtuvo una beca de la Fundación John Simon Guggenheim, para realizar estudios en el National History Museum of Smithsonian Institution Washington. En 1986 fue profesor visitante de la Universidad del Estado de Ohio, en el marco del programa de colaboración con el Departamento de Botánica de esa casa de estudios, y dos

años más tarde fue invitado como investigador al Missouri Botanical Garden, USA, para preparar la publicación de la Bibliografía Botánica Taxonómica de Chile.

Como parte de su labor científica publicó numerosos trabajos en revistas de circulación internacional y dio a conocer numerosas especies nuevas de plantas chilenas. Obras de trascendencia para la ciencia botánica en Chile fueron la publicación de la Bibliografía Botánica Taxonómica de Chile y el primer Catálogo de la Flora Vasculosa de Chile en 1985.

Fue editor general de la Nueva Flora de Chile, proyecto impulsado desde la Universidad de Concepción, y fue parte fundamental en el desarrollo de los postgrados en Botánica. Contribuyó, asimismo, a crear la más completa Biblioteca Taxonómica de Chile y a incrementar la Colección Científica de Plantas Vasculares del Herbario de la Universidad de Concepción (CONC), el más grande de Chile. Fue, además, el creador de la base de datos del Herbario CONC, de la Bibliografía Botánica de Chile; del libro Sinónimos Flora de Chile y del Catálogo de la Flora de Chile.

Su destacada trayectoria fue reconocida con los premios Alcibiades Santa Cruz, a la mejor memoria de Botánica, en 1956; Roberto Donoso Barros, de Sociedad de Biología de Concepción, en 1984, y Atenea, de la Universidad de Concepción, en 1997, el mismo año en que recibió el grado de Profesor Emérito.

Connotados botánicos internacionales le dedicaron nombres de taxa en su honor, tales como el género monotípico de Asteraceae *Marticozenia* Crisci, la especie *Cryptantha marticozenae* Grau, la variedad *Linum macraei* var. *marticozenae* Mildner, y la subespecie *Menonvillea filifolia* Fisch. & C.A. Mey. subsp. *marticozenae* Al-Shehbaz.

#### TAXAS DEDICADOS

*Marticozenia* Crisci, Journal of the Arnold Arboretum 55(1): 38. 1974.

*Cryptantha marticozenae* Grau, Mitteilungen der Botanischen Staatssammlung München 17: 515. 1981.

*Linum macraei* Benth. var. *marticozenae* Mildner, Phytologia 23: 439. 1972.

*Menonvillea filifolia* Fisch. & C.A. Mey. subsp. *marticozenae* Al-Shehbaz, Darwiniana 44: 360. 2006.

#### **Jorge V. Crisci, Jefe de División, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad de La Plata**

La botánica perdió el 27 de octubre de 2013 a uno de sus más brillantes cultores: Clodomiro Marticozena Pairoa.

Si intentáramos cifrar a Clodomiro en tres palabras que no fueran sus propios nombres, ellas serían: talentoso, decente y maestro.

Talentoso, pues fue uno de los botánicos que mejor comprendió científicamente a la flora de Chile. No existe especie de plantas vasculares chilena que no haya estado en las manos o bajo el microscopio de Clodomiro. Sus conocimientos del mundo vegetal chileno eran ilimitados, casi tocando la leyenda. La magnitud de Clodomiro como botánico era tal, que puede decirse que con él se ha ido una biblioteca botánica viviente de calidad suprema.

Si vemos la decencia como la veía la escritora Lillian Hellman, “una serie de principios privados y caseros que impiden el acto inhumano y deshonesto de hacer daño a la gente para salvarse uno mismo”, Clodomiro desbordó decencia durante toda su vida. Se puede decir sin temor a equivocarse, que Clodomiro fue una de las figuras más distinguidas de la ciencia de América Latina y una de las reputaciones más intachables que cruzaron el borrascoso siglo XX de nuestra región.

Tan definitorios de Clodomiro como el talento y la decencia, son los singulares rasgos de su carácter que lo convertían en un verdadero maestro. Evidentemente, maestro no es quien enseña hechos aislados o quien se aplica a la tarea mnemónica de aprenderlos y repetirlos. Maestro es quien enseña con el ejemplo una manera de tratar las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el vasto e incesante universo. Maestro es quien posee los dones de la generosidad, la justicia, la bondad y la honestidad. Maestro es quien es sincero y auténtico, quien irradia simpatía, delicadeza y sentido del humor, quien deleita con su talento, quien más allá de las palabras enseña con su presencia. Y ese fue Clodomiro: un maestro.

Finalmente, el mundo se sostiene por la existencia de hombres y mujeres buenos. La vida resulta grata y tolerable únicamente si creemos en ellos. Gracias Clodomiro por hacer nuestra vida grata y tolerable.



Lago Todos los Santos, 1971, Eduardo Weldt, Clodomiro Martcorena, Sr. Ohme y Jorge Crisci.

### **Mary T. K. Arroyo, Facultad de Ciencias, Universidad de Chile**

Estuve fuera del país en mi casa en Nueva Zelandia, cuando me llegó la triste noticia de la partida de Clodomiro Marticorena. Impactada por la noticia, comentaba a una persona al lado mío –se nos fue uno de los grandes botánicos de Chile, alguien que sería muy difícil, si no imposible de reemplazar; una persona que me ayudó mucho cuando llegué a Chile, y quién siempre será recordado con cariño, respeto y admiración por los botánicos chilenos de ésta y futuras generaciones.

Verdaderamente me considero muy privilegiada por haber conocido e interactuado de cerca con Clodomiro Marticorena. Hombre de gran intelecto, indiscutibles cualidades humanas, apasionado para la flora chilena, y perfeccionista hasta el último detalle. Lo conocí por primera vez a finales de los 70s cuando visité el herbario de la Universidad de Concepción para identificar algunas plantas que había recolectado en los Andes de Chile central. Allí me encontré con un hombre que hablaba un poco diferente que los santiaguinos, de lentes gruesos y vestido impecablemente, con un sweater fino de color gris, una corbata, y zapatos lustrados a la perfección. Asombraba el conocimiento de Clodomiro sobre la flora chilena. Muchas veces cantaba el nombre del género, de la especie, además los autores del nombre; en seguida corría a su biblioteca personal para ubicar la literatura pertinente sobre el género en cuestión. Era un referente fundamental para todas las personas que colectaban plantas en el país. Eso sí, no le gustaba mucho trabajar con los *Senecios* y especialmente las *Adesmias*. Sacaba su copia de la monografía de los *Senecios* chilenos de Cabrera, con su tapa roja, y siempre

decía “miremos los monos primero”... y luego que llegamos a una pista, por supuesto, procedemos a recorrer las claves religiosamente.

Mis visitas a la Universidad de Concepción siguen en los 80s y 90s a medida que realizamos (junto con Carolina Villagrán y Francisco Squeo) trabajos florísticos en distintos parte del país, cada viaje teniendo sus propios recuerdos. Al llegar al herbario con nuestros famosos paquetes de plantas, Clodomiro, siempre decía “veamos lo que trajeron” y rápidamente repasamos los paquetes buscando plantas nuevas para Chile o para la zona. Siempre volví a Santiago con una ruma de fotocopias sacadas de las monografías y los trabajos taxonómicos originales que Clodomiro amablemente me prestaba. Rara veces me permitía llevar los trabajos a Santiago para fotocopiarlos, pues sabía muy bien lo difícil de reemplazarlos. Su generosidad y disposición de ayudar a los demás botánicos era sin límites. Su rigurosidad fue notable. Al enviar las listas de plantas identificadas de vuelta al herbario para hacer las etiquetas de las muestras, a menudo fueron devueltas por Clodomiro con algunas correcciones de sinonimia y de ortografía. En dichos viajes, desde luego hubo momentos relajados, pues Clodomiro era muy bueno para la “talla”. Me recuerdo que él y sus colegas me intentaban convencer que el fantasma de Pfister andaba en el antiguo herbario (donde está el laboratorio de Dr. Lohengrin Cavieres actualmente). Tengo que confesar que casi llegué a creerles después de quedarme atrapada en el herbario una noche durmiendo sobre algunos cartones, gracias a no tener la llave de la puerta principal del Departamento.

En Febrero de 1981 junto con mi hijo Manuelito hicimos un viaje al interior de Vallenar en el sector Valeriano, llegando hasta el Portezuelo de Cantaritos.

Llegué a Concepción con las plantas, y Clodomiro se dio cuenta inmediatamente que había cosas interesantes en la colección. Llegamos a la conclusión que valía la pena repetir el viaje con más tiempo en otro verano. En enero de 1983 con un mínimo de dinero, partimos con Carolina Villagrán, un grupo de cuatro alumnos de pre-grado (entre ellos Francisco Squeo) de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile, y Roger Carolin de Australia (quién se colgó al viaje al último momento), todos muy apretados en un Jeep Toyota cuadrado de esa época. A Clodomiro, le pasamos la tarea de anotar sus impresiones del viaje cada día. Después de acampar en el desierto la primera noche, proseguimos viaje. Ya que las distancias eran largas, para pasar el tiempo, le dijimos a Clodomiro, porque no nos leía sus apuntes. Con la típica seriedad que le caracterizó, abrió el cuaderno empezando con la entrada del segundo día. Decía nada más que “desayuno penca” y nos pusimos todos a reír. Clodomiro siempre era muy ingenioso e irónico para transmitir sus sentimientos. El viaje al interior de Vallenar fue un éxito, pero muy duro, pues había dinero suficiente solamente para arrendar un par de caballos para llevar las prensas y la comida, nosotros caminando detrás para 12 días sin descanso. Fue especialmente duro para Clodomiro quien en ese entonces tenía más de 50 años y ya había empezado a dejar el trabajo de terreno. De todas maneras, estuvimos tan entusiasmados que decidimos volver para el lado de la Laguna Chica y Laguna Grande, sin tener mucha claridad sobre la ruta. Un día subimos y bajamos tres cuestas de más de 4000 m – Clodomiro en sus zapatillas de tenis – no sé cómo lo hizo - puro amor al arte!

A mediados de los 80s empezaron a aparecer los primeros computadores PC en Chile. Yo había comprado un “Tandy 1000” en los Estados Unidos, y soñaba con la idea de ver las muestras de los herbarios de Chile digitalizadas y disponibles para los investigadores en Botánica. Llamé a Clodomiro, y le propuse la idea –al principio no se convenció para nada pues encontró que tomaría demasiado tiempo. Le dije, tengo que ir al herbario en Febrero, y te quiero hacer una proposición. Yo estoy dispuesta a traer la computadora conmigo para que podamos hacer una prueba con algunas muestras –pero me tienes que prometer de hacerlo! Mantuvo su promesa. El mismo día que llegué, montamos la computadora en el herbario, y empezamos a sacar carpetas, empezando con una que contenía géneros de la familia Brassicaceae. Esa tarde, Clodomiro quedó convencido que se podría digitalizar el herbario sin mayores problemas. En muy poco tiempo consiguió una computadora un poco más poderosa, y sin preparación previa, en poco tiempo se puso experto. Gracias a la gran labor de Clodomiro y su equipo, todo el herbario de Concepción quedó digitalizado constituyendo, si no me equivoco, el primero en América Latina. Menciono este ejemplo, pues cuando Clodomiro se convencía de algo, siempre entregó todos sus esfuerzos para hacer un trabajo de perfección. Desde luego, no siempre era

fácil de convencerlo! Hoy día todavía puedo ver el marco de la pantalla de su computadora llena con estos papelitos amarillos que siempre usaba, escritos con su impecable letra en lápiz de portaminas con minas de tamaño 0,7 mm (siempre), en donde anotaba numerosos detalles sobre las especies, correcciones de nombres y números de colecta, ubicación de los archivos, etc.

Clodomiro se sentía en su casa en el Departamento y el herbario –trabajaba de lunes a viernes, y muchas veces durante el fin de semana. Incluso al parecer, no le interesaba dejar Concepción mucho, y menos visitar Santiago. Sin embargo tenía una red de contactos por correspondencia con los grandes herbarios del mundo, con quién discutía los detalles de la taxonomía, y quienes me consta lo respetaron mucho. Varias veces el me comentaba “este autor está equivocado”. Y muchas veces, con amabilidad, escribía a las personas para ayudarles a corregir sus errores. Clodomiro era un sabio, muy coherente con sí mismo, pero al mismo tiempo una persona muy humilde.

Además de explorar muchas áreas de país por primera vez con sus colegas en la Universidad de Concepción, mantener el herbario y organizar la base de datos del herbario, y escribir trabajos sobre palinología y taxonomía, Clodomiro proporcionó a la comunidad botánica del país dos obras muy importantes, además colaboró muy activamente con dos adicionales. Primero, en 1985 publicó su “Catalogo de la Flora Vasculare de Chile” en la revista *Gayana*, trabajo que se convirtió en la biblia para todos los botánicos del país por más de 20 años. Segundo, recopilaba religiosamente la bibliografía de la flora de Chile. Su trabajo en este ámbito, que quedó plasmado en la “Bibliografía botánica taxonómica de Chile” (1992) y fue publicado con Roberto Rodríguez, es un trabajo de gran utilidad. Tercera, gran parte de la información sobre la flora de Chile en el “Catálogo de las Plantas Vasculares del Cono Sur”, editada en Argentina en 2008, es fruto de la labor de Clodomiro Marticorena a lo largo de muchos años. También editó varios volúmenes de “Flora de Chile”, obra todavía en curso.

Sin duda, la entrega absoluta y desinteresada de Clodomiro Marticorena a la botánica chilena constituye un ejemplo para la comunidad científica entera de Chile y algo muy digno de emular por todos nosotros.

### **Fernando Zuloaga, Director Instituto Botánica Darwinion**

Es para mí un honor poder manifestar un tributo a un amigo y gran botánico como fue el Dr. Clodomiro Marticorena. Conocí a Clodomiro en la década del 90, cuando nos encontrábamos luchando con la edición del Catálogo de plantas vasculares de la Argentina. Desde ese primer encuentro disfruté de su bonhomía y ayuda, con innumerables datos de plantas de la Flora de Chile, compartiendo muy



valiosa información de la misma. Recuerdo con afecto esas visitas a Concepción; en una de ellas Clodomiro, junto con Roberto Rodríguez, me invitaron a cenar en un club donde probé por primera, y única vez, unos deliciosos langostinos a la “pil pil”. Luego, volvimos a vernos en ocasión de Jornadas de Botánica en Concepción en el año 2000, compartidas entre Argentina y Chile; posteriormente, celebramos una memorable reunión en Concepción, con colegas de Brasil, Paraguay y Uruguay, para discutir aspectos metodológicos del Catálogo de plantas vasculares del Cono Sur, el que finalmente fue concluido hacia el año 2008. Durante todo ese tiempo, ha sido para mí un privilegio en compartir con Clodomiro el trabajo que nos apasiona, buenos momentos y una fructífera camaradería. En este breve relato quisiera expresar mi admiración hacia un gran biólogo y muy buen amigo, quién nos deja una valiosa enseñanza y al que sin duda extrañaremos profundamente.

### **Mélica Muñoz, Curadora Emérita, Museo Nacional de Historia Natural**

Conocí más al profesor Clodomiro Marticorena a fines de los '80, cuando se iniciaron los proyectos en conjunto entre la Sección Botánica del Museo Nacional de Historia Natural y el Depto. de Botánica de la Universidad de Concepción.

En ambas instituciones nos correspondió comenzar las bases de datos de los ejemplares de herbario depositados tanto en el Herbario SGO como CONC. De este modo, el conocimiento mutuo se hizo fluido, por ejemplo, fuimos coautores, junto a otros investigadores, de la Flora de las regiones de Antofagasta (1998) y Coquimbo (2001) y en las Reservas Nacionales de la Región del Maule (2005).

Por sus contactos con diversos especialistas botánicos de otros países, elaboró una vasta información sobre la bibliografía relativa a las plantas vasculares de Chile. A pesar de su carácter introvertido, siempre fue muy generoso conmigo y me enviaba las fotocopias que yo le solicitaba de cualquier publicación, que antes de la llegada de internet, era muy difícil conseguir desde el extranjero.

Cierta vez, en la década de los '90, me entregó la lista de especies chilenas y sus sinónimos, que él mismo había recopilado para la nueva Flora de Chile, que se está coordinando en dicha Universidad, en un grueso legajo de hojas de tamaño especial e impreso en formulario continuo, que me fue extremadamente útil en mis investigaciones.

Su labor metódica y enciclopédica le llevó a publicar junto a Max Quezada en 1985 el Catálogo de la Flora Vasculares de Chile y, en 1992, como autor único, la Bibliografía botánica taxonómica de Chile, obras que han sido fundamentales y que han facilitado enormemente el progreso en el estudio de nuestra flora vascular.

Se ha ido, pero permanece en nuestra memoria, uno de los grandes nombres de la botánica chilena.

### **Sebastián Teillier, Universidad Central**

Es quizás mayo de 1982. Hace unos meses que llegué a Chile. Me había titulado un año antes en Rumanía, de biólogo, hacía años que quería titularme de botánico, biología fue la vía. Cuando regreso a Chile no conozco a casi nadie del rubro. Aquí voy descubriendo, con el tiempo, que todos tienen compañeros de colegio y de universidad. La casualidad y el destino me ponen en la puerta de la oficina de Carolina Villagrán, una de las más importantes botánicas de Chile en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile. Conversamos, me acoge y traspasa la responsabilidad, ad honorem pero con mucha confianza de revisar y ordenar algunos datos y muestras del altiplano de Chile. Decidimos que la reunión nacional de la Sociedad de Botánica, a realizarse ese año en la Universidad de Chile, en el campus Antumapu, era un buen motivo para un “debut en sociedad” con un trabajo sobre el tema. Con ella hago mi primera peregrinación a la “catedral” de la botánica en Chile. Por cierto, en esos días de Las Palmeras, había escuchado hablar de los profesores Clodomiro Marticorena y Oscar Matthei como los referentes de la botánica sistemática de Chile, sabía de los múltiples viajes de Carolina para determinar material andino trabajo en el que recibía la generosa ayuda de ambos. La primera impresión al entrar en el herbario del departamento de Botánica es una sensación casi religiosa que no me abandonará nunca. Clodomiro Marticorena, nos concedía momentos del día en que iba al herbario a echar una miradita a las plantas de Carolina; el trabajo estaba bien avanzado y qué mejor guiado. Don Clodomiro, a primera vista, parecía un poco intimidante para el novato.

La reunión nacional de Botánica tiene lugar, pero Marticorena no se aparece... es una manera de enterarse que rehuía las reuniones, un poco huraño en público, guardaba sus momentos de sociabilidad para sus visitas, innumerables, especialmente para aquellos que le traían plantas que no había visto o datos de literatura de los que no sabía. Una linda sorpresa nos llevamos por ello en La Serena, en la siguiente reunión nacional de 1984 cuando “Concepción” en pleno asiste para mostrar el proyecto “Flora de Chile” del que Marticorena era editor junto con Roberto Rodríguez. Es la única vez que se le ve “en público”, por supuesto que delegó en Don Oscar Matthei los discursos y las explicaciones. La foto que acompaña este relato corresponde a esa instancia.

En 1985 nos sorprende con la publicación, en conjunto con Max Quezada, curador del herbario, del “Catálogo de la Flora de Chile”, un alivio para todos los que trabajamos con plantas, ya no hace más falta buscar en decenas de libros nombres y averiguar si esos nombres son o no los válidos. Recuerdo un mueble en el herbario de la U de Concepción, que manejaba Max Quezada, con muchas tarjetitas con los nombres válidos y su sinonimia. Al menos ahora tenemos una referencia, decíamos, una lista sobre la que se puede trabajar con más seguridad. Con el advenimiento de la



La Serena 1984, Oscar Matthei, Clodomiro Marticorena y Patricio Rivera.

computación, a pesar de sus años, Don Clodomiro aprende a usar con ventaja la nueva tecnología y comienza a elaborar lo que sería la base de un nuevo catálogo de la flora de Chile, pero tendrán que pasar para ello muchos años.

Cuando comienzo a tener mis propios trabajos y proyectos comienzo a visitar el herbario por cuenta propia, ya estamos a fines de los 80's. En esas visitas debo llevar un paquete aparte con las plantas difíciles, generalmente las compuestas y los *Astragalus*, pues siempre tengo la sensación que no se le puede llegar a preguntar trivialidades. Pacientemente Don Clodomiro me dice: "búscala entre tal y cual", siempre tiene una referencia bibliográfica para ayudar, "anda a la biblioteca y mira tal trabajo", tengo la sensación de que sin expresarlo abiertamente es enemigo de la determinación de las plantas por simple comparación con las muestras que hay en el herbario. Regreso innumerables veces y siempre me encuentro con la buena disposición para ayudarme. Con los años, nos acercamos un poco más, aunque socialmente él sigue siendo una persona bastante tímida y distraída.

A fines de los años 80, quizás en 1989, aun bajo la dictadura militar, un día salgo a almorzar al casino de los bomberos, a un par de cuadras de la Universidad de Concepción. Cuando regreso al trabajo me encuentro con una manifestación callejera, en un par de segundos me levantan en vilo los carabineros y me suben al bus, detenido. Al otro día me recibe con las pullas correspondientes por mi ausencia abrupta; unos meses tiempo después recibo el apoyo de todos los profesores del departamento, particularmente de Quezada y Matthei que tuvieron que ir a declarar al juzgado que yo era una persona honorable.

En esos años me entero que al profesor Marticorena le gusta mucho la música, le llevo un día unos discos de

George Enescu, el principal compositor de música clásica rumana, me los recibe y al otro día me comenta que son demasiado tristes!

Con el correr de los años tenemos más confianza para comentar acontecimientos políticos y científicos y siempre las últimas novedades de la botánica, particularmente sobre nueva bibliografía. Como complemento del catálogo de 1985, con toda la información que maneja, en 1990 publica una estadística de la flora vascular de Chile, que junto con el catálogo debe ser uno de los trabajos más citados en la literatura botánica chilena. En 1992 publica su utilísima obra bibliográfica sobre la taxonomía botánica de Chile, donde plasma toda su tremenda sabiduría al respecto; hombre obsesivo y desesperado por la rápida sucesión de publicaciones que va caracterizando el fin de siglo, apenas en 1996 publica un suplemento con nuevas publicaciones, creo que eso lo retrata en su labor científica y es una de las buenas lecciones para nosotros: perfección y obsesión en el trabajo. Sin embargo, me parece que ambas también le juegan en contra...en los últimos años solíamos preguntarle por la nueva versión del catálogo que sabíamos que preparaba. No voy a comprender nunca el fondo de la asunto, pero se fue poniendo cada vez más ligero de genio y llegó un momento en que francamente se irritaba cuando le preguntábamos cuando lo iba a publicar. Para mí quedará como un misterio porque nunca lo quiso dar por terminado y publicarlo. Es cierto que cuesta desprenderse de las cosas queridas, me parece que quizás él sentía que la publicación de una especie de "obra completa" lo condenaba a cierta inutilidad con sus pares o, alternativamente, tal vez pensaba que se había vuelto inútil publicar algo que sería la foto de un instante y que dada la dinámica que tomaron la taxonomía y la sistemática en los años 2000 esa foto al publicarla ya sería

pasado. Así, al menos para mí, la publicación del catálogo de la flora del Cono Sur me resulta de dulce y de agraz; de dulce, porque al menos para Chile, Clodomiro Marticorena vio por fin impresa en papel su obra de años y estaría muy alegre de saber que seguirá siendo de máxima utilidad para nosotros, gracias a que el catálogo se transformó en una base de datos digital dinámica; queda en el agraz la ausencia de C. Marticorena entre los editores principales.

Extrañaré los sábados en la mañana en el herbario cuando solitarios nos quedábamos trabajando como monjes de monasterio, y casi devotos de la regla de San Benito, cambiábamos las palabras justas. Extrañaremos sus silbidos musicales y los pasos firmes que anunciaban que había llegado al trabajo o salido de su oficina. Extrañaremos no tener a la persona a la que nos dirigíamos y encontrábamos la respuesta precisa en nuestro quehacer de botánicos, taxónomos y sistemáticos. Su familia, sus colegas y sus amigos lo extrañarán más que nadie. Pero no todo es ausencia, encontrarse con Alicia Marticorena en el herbario es un guiño que nos hace Don Clodomiro desde el mundo de las plantas.

### **Roberto Rodríguez Ríos, Profesor Emérito, Universidad de Concepción**

Adiós profesor Clodomiro Marticorena, adiós querido amigo que me formaste como botánico y que has dejado una profunda huella de sabiduría en tus discípulos que han seguido este lindo camino.

Desde que me acerqué a tu alero sentí la acogida de un segundo padre, que me guió a mirar las plantas desde la perspectiva taxonómica, realizamos muchos viajes por todo

el país y publicamos los resultados en artículos científicos de gran importancia para el conocimiento de la flora de Chile.

Por largo tiempo, después de los quehaceres académicos, los amigos salíamos a disfrutar unas cervezas en el DOM, o cuando había algo más de dinero, pasábamos agradables tertulias en el Palermo, el Stromboli, el Acuario 2000, el Fortín Bulnes, entre otros. También los lindos recuerdos cuando nos reuníamos los sábados en la casa de Juan Bartulín, a orillas del río Biobío disfrutando un día agradable con distintas comidas y bebidas, que terminábamos cantando las moralejas, el corneta tocó su instrumento y otras canciones del folclore universitario.

También quiero recordar una excursión que realizamos al norte del país para recolectar plantas del desierto florido, nos acompañó Eduardo Weldt que era el único que sabía conducir el “Canario”, y al término de esta aventura acampamos en un lugar pedregoso e inclinado, abrimos los tarros de conservas, calentamos café y Marticorena encendió su radio portátil, como era su costumbre, para escuchar las noticias y en ese momento se anuncia que Pablo Neruda obtuvo el Premio Nobel de Literatura, por supuesto celebramos con un buen vino para terminar la jornada.

Son muchos los días y experiencias que compartí con Marticorena lo que ha dejado en mi alma este eterno recuerdo que llevaré por siempre. Las enseñanzas en la determinación de plantas, en el uso de la bibliografía taxonómica, en el rigor de los nombres científicos y las citas de autores de las plantas, han dejado como legado la formación de la biblioteca más completa de taxonomía de plantas vasculares de Chile que hoy día lleva su nombre.

Adiós Coronta, Adiós Curquito, descansa en Paz



Chiloé 1975, Oscar Parra, Max Quezada, Clodomiro Marticorena y Roberto Rodríguez. Atrás se puede ver al “Canario”.